

túvose exprofeso en la inmortal abadía de Monte-Casino, cuna de las Órdenes monásticas occidentales, para adorar el cuerpo de San Benito, á quien muy particularmente veneraba. En aquel lugar romancesco, agreste, fundado sobre volcánicas montañas, que por su salvaje majestad, por sus imponentes recuerdos, abre al pensamiento ancho campo, permaneció Tasso varios días meditando, orando, viendo quizá en una ojeada sola todas las tormentas de su azarosa vida, próxima ya á anclar en la paz del sepulcro, ó recordando los versos que Dante puso en boca del fundador de Monte-Casino<sup>1</sup>. Como si después de dejar la casa de San Benito no acertase Tasso á romper el melancólico hechizo de los claustros, fué en Roma á hospedarse al convento de Jerónimos de San Onofre. Desde allí escribía á su amigo Constantini: "Hiceme traer á este monasterio de San Onofre, no ya sólo porque los médicos alaban lo saludable de su ambiente más que el de parte alguna de Roma, sino principalmente por comenzar, desde este lugar señalado y conversando con estos devotos Padres, mi diálogo con

1 «Quel monte, a cui Cassino e nella costa,  
Fù frequentato già in su la cima  
Dalla gente ingannata e mal disposta.  
Ed io son quel che su vi portai prima  
Lo nome di colui che 'n terra adusse  
La verità che tanto ci sublima;  
E tanta grazia sovra me rilusse,  
Ch'io ritrassi le ville circostanti  
Dal empio colto che 'l mondo sedusse.»

(*Parad.*, C. XXII.)

el cielo." Allí estaba dispuesta la tumba del poeta, sobre cuya losa de mármol grabaron los monjes sencillo epitafio, desnudo de pomposos encarecimientos, inferiores siempre á la elocuencia de un nombre como el de Tasso.

En filosofía era Tasso idealista; no con el idealismo trascendental de Hegel y Schelling, que deifica la entidad misteriosa de la representación ó idea, y de ella deduce el universo, sino reconociendo los fueros de la realidad, sujetos á una sana concepción espiritualista. Así como el filósofo de Dante fué Aristóteles, el de Tasso era Platón. Empapóse en Platón, no por medio de las obras de los muchos secuaces que entonces contaba en Italia este filósofo—Marsilio Ficino, Francisco Patrizzi, Telesio, Jordano Bruno, más tarde Campanella,—y cuyas doctrinas andaban inficionadas de panteísmo y racionalismo, sino directamente, en el original griego, hallando en él luz y sublimidad admirables. Formó Tasso con las adivinaciones platónicas y las verdades cristianas una filosofía poética que enciende la inspiración sin secarla, que vigoriza la musa sin robarle su vaguedad y misterio, que introduce lógica sin excluir la preponderancia de la fantasía.

El genio poético de Platón debía atraer al través de los siglos á Tasso. En la familia de Tasso era hereditario el culto de Platón. Conérvase en la biblioteca Barberini, en Roma, un precioso ejemplar de la versión latina de Platón hecha por Marsilio Ficino; ejemplar cubierto de notas marginales, en que la letra



de Torcuato Tasso se mezcla con la de Bernardo su padre <sup>1</sup>. La alegoría que figura al frente de *La Jerusalén* revela que todo el poema fué inspirado por un pensamiento platónico. Si de Aristóteles y Horacio tomó Tasso los modelos de la armonía y proporción en la forma, de Platón tomó el espíritu informante. Mas el criterio filosófico está siempre puesto por Tasso al servicio de la fe; digan lo que quieran los críticos que se obstinan en hacer á Tasso seguir tímidamente las huellas heréticas de Bruno y Socino, ningún observador atento é imparcial verá en Tasso rastros de racionalismo y heterodoxia. — “La filosofía — declara Tasso en la exposición alegórica ya citada — nació entre los gentiles, en Egipto y en Grecia; y desde allí vino á nosotros, fiada en sus propias fuerzas, incrédula, audaz y soberbia por todo extremo. Pero Santo Tomás y otros autores la hicieron discípula y sierva de la Teología, y vuelta ya por obra suya más modesta y religiosa, nada se arroja á afirmar temerariamente contra lo que le revela su maestra.”

La personalidad moral de Tasso es, ya que no ejemplar, por lo menos bastante cristiana en aquella época disoluta. No se dejó dominar de

<sup>1</sup> Existen autógrafos del Tasso en las bibliotecas de Trivulzio, en Milán; de Ferrara, de Módena, del palacio Pitti, del Vaticano, de Nápoles. El manuscrito de la *Jerusalemme conquistata*, que se hallaba en Nápoles, fué trasladado á Viena en 1729. La Biblioteca Vaticana posee el borrador de los tres primeros cantos de la *Jerusalemme liberata*, escritos por Tasso en Bolonia, á los diez y nueve años de edad. Están dedicados á su protector el duque de Urbino.

vicios, aunque el hervor de los años, el carácter pundonoroso y las preocupaciones sociales le indujesen á ser más que medianamente espadachín y pendenciero. Hijo humilde de la Iglesia, tenía para con los hombres tan altiva y puntillosa condición, que solicitaba auxilio de los príncipes hablándoles de igual á igual, como un hermano á otro, y, prisionero de Alfonso de Este, se encaraba con él, retándole á que, pues podía quitarle libertad y vida, probase á arrebatarse el derecho de amar. Cautivo, se dirige al emperador Rodolfo y al Papa, en queja del agravio que recibe, como si su calidad de genio obligase á las potestades del cielo y de la tierra á velar por él. A medida que transcurren los años; que el rosado cristal de las ilusiones se quiebra; que acuden las enfermedades, los sufrimientos, la muerte enemiga; que descubre falacia en la amistad, vacuidad en los goces, miseria en las grandezas, asechanzas y resbaladeros en los palacios, y en todo estrechez, limitación, prueba, tristura, descontento y deseo insaciable sin objeto ni fin acá abajo, va Tasso convirtiendo la mirada á mejores horizontes. Sigue su musa la misma evolución, aproximándose cada vez más á los manantiales de la fe. La última obra de Tasso es un poema religioso-cosmogónico, las *Sette Giornate*.

Con razón dice un historiador de la literatura italiana <sup>1</sup>, á vueltas de juicios no tan exactos,

<sup>1</sup> Sanctis.



que, á nacer Tasso en la Edad Media, hubiera sido un santo. Su carácter contemplativo y entusiasta le encaminaba en efecto á la Tebaida, al yermo, á la vida solitaria y ascética, en consorcio con la naturaleza, en holocausto perpetuo ante Dios. No eran sus cualidades, su delicadeza de alma, su ternura que rayaba en sentimentalismo, su gravedad que tocaba en rigidez, cualidades que le facilitasen la convivencia con la muchedumbre de cortesanos sin alma, de literatos sin conciencia, de sabios sin espíritu científico, que pululaban en la sociedad italiana del siglo xvi. Tasso era ya un anacronismo en su época. No es milagro que la cruzase cual ánima en pena, buscando en los recuerdos de edades más armónicas los elementos de su poesía.

A la Edad Media es fuerza remontarse para hallar los predecesores literarios de *La Jerusalén*, que, atildada y clásica en la forma, es en el fondo romántica. Merece notarse que *La Jerusalén*, obra tan concertada y correcta, sea fruto del enlace de dos espíritus literarios antitéticos, como el pagano y el de la Edad Media. Sin embargo, el mismo origen y filiación se advierte en numerosas obras del arte moderno, que pertenecen al antiguo clasicismo de los paganos por la elegancia, al cristianismo por el sentido. Dada la índole del poema de Tasso, debió predominar en él la nota romántica. Una epopeya cuyo asunto lo forman las Cruzadas, está de derecho emancipada del clasicismo. Debíó Tasso acordarse menos de las

reglas y preceptos, abandonarse más á la inspiración briosa de la fe. Verdad es que, de hacerlo así, su época le hubiese llamado bárbaro.

Las verdaderas fuentes de *La Jerusalén*, fuentes en que Tasso pudiera haber bebido más, son primeramente la pléyade elegíaca de *cansonieri*, aves canoras á quienes despertó é hizo gorjear el gran movimiento de las Cruzadas; cadena lírica que comienza en las rudas endechas de Ciullo de Alcamo y Folcacchiero de Siena, y sigue con la tierna lamentación de la amada del Cruzado, de Rinaldo de Aquino, continuando por las cantinelas, cada vez más sentidas y galanas, de Ruggerone de Palermo, del rey Enzo, de Fulco de Calabria, del emperador Federico, del príncipe Manfredo, de Ruggero Pugliese, de Jacobo de Lentino. Al lado del elemento caballeresco y erótico, el religioso: las canciones y poesías litúrgicas, tan bellas y profundas, del humilde Jacopone de Todi; la prosa rítmica de la beata virgen de Sena, que derramaba efusión y transporte; la vida épica del ciclo dantesco, cuyo carácter era extrema cultura científica y ardiente misticismo; el rico tesoro de los *Misterios*, ó Autos Sacramentales, que se representaban el día de la Natividad, el Jueves y el Viernes Santo, en Pascua de Resurrección, en Pascua de Pentecostés, siendo algunos de ellos milagros de unción, ingenuidad y ternura; las leyendas sagradas, las vidas de santos, no indignas de otro Calderón de la Barca que las dramatice en sonoros versos; las visiones, raptos y viajes ex-



táticos, en que Ariosto halló imágenes arreba-  
doras para el *Orlando furioso* y Dante la idea  
fundamental de su titánica creación; los roman-  
ces de milagros, las tradiciones populares, todo  
venía á formar un conjunto de materiales dis-  
persos, pero valiosos, que sólo esperaban mano  
que los recogiese para agruparlos y erigir el  
monumento. Había ignorado Dante la tenden-  
cia caballeresca y trovadoresca: político y ciu-  
dadano, pensador y teólogo, había desechado  
la idea romántica, opuesta á su vigoroso rea-  
lismo. A un espíritu más femenino y blando, el  
de Tasso, tocaba engarzar las perlas del sen-  
timiento y de la imaginación en el hilo de oro  
de la rima. El poema de lo sobrenatural estaba  
hecho; faltaba el poema fantástico.

Aparte de los muchos y ricos gérmenes con-  
tenidos en la literatura patria, tenía el autor de  
*La Jerusalén* abierto el venero de la extran-  
jera y caballeresca, que asimismo nació de las  
Cruzadas: los trovadores y fabladores angevi-  
nos y provenzales y los *minnesinger* germa-  
nos, con sus pastorelas, serventesios, lais, mo-  
tetes y baladas; el poema de Tristán é Isolda, el  
*Breviario de Amor*, el *Parsifal* de Eschen-  
bach, las leyendas y gestas de Carlomagno y  
los Doce Pares, los romances de Rolando en  
Roncesvalles, de Artús, del Santo Grial; las  
aventuras del incomparable Amadís de Gaula,  
el largo poema del Caballero del Cisne, poema  
cuyo argumento es la conquista de Jerusalén;  
la historia de Perceforest, las fábulas, cuentos  
y poemas orientales traídos por los Cruzados á

engrosar el caudal literario del Occidente; tanta  
bullidora savia, tal exuberancia y originalidad,  
que semejaban la intrincada confusión de una  
selva virgen donde entre matorrales y espinos  
se ocultan frescas y brillantes flores. Pudo  
Tasso apartar aquéllos y coger éstas; algunas  
cortó, en efecto: la filiación romántica y caba-  
llesca se percibe en bastantes pasajes de *La  
Jerusalén*. Pero en el siglo de Tasso comen-  
zaba á arraigarse el error que en el xviii pro-  
clamaron con presunta suficiencia y doctoral  
estilo los enciclopedistas; á saber: que la lite-  
ratura peculiar de la Edad Media era ruda, pé-  
sima, salvaje, insufrible. Ello es que la crítica  
actual, que más bien peca de ecléctica y pan-  
teísta que de exclusiva y dogmática, ha revo-  
cado este fallo, y tan terminantemente, que  
cada día exhuma y desentraña nuevas bellezas  
y escondidos tesoros en el archivo literario de  
la Edad Media. Entre los frutos del arte pre-  
sente, y entre los ingenios de nuestros días, no  
sería difícil señalar los muchos que se inspira-  
ron en la Edad Media: testigo Goethe, uno de  
los espíritus más paganos de nuestra época, y  
que, sin embargo, debió á una conseja popular  
el *Fausto*, á una tradición feudal el *Goetz de  
Berlichingen*.

Engendróse *La Jerusalén* en la atmósfera ar-  
tificial de una sociedad demasiado culta. Seme-  
jante al niño que, cerrado siempre en tibio ga-  
binete, no respira el aire sano, libre y regene-  
rador y se cría anémico, resiéntese *La Jerusa-  
lén* del medio erudito y crítico en que fué



concebida. La falta de nervio, la vida valetudinaria, aquejaban á la poesía italiana en general. ¿Qué cuadro ofrecían á la sazón las letras en Italia?

Merced al hastío y al escepticismo, entronizábanse las dos formas, pastoral y satírica, representando la primera la ociosidad enervada y pueril, el período de cansancio, y la segunda la protesta de la conciencia, condensada en forma humorística. Las almas superiores, mal avenidas con tal estado de cosas, se refugiaban en el lirismo melancólico y subjetivo, siguiendo la senda que trazó el solitario de Vaclusa. Tasso se manifiesta petrarquista en no pocos respectos. Habían pasado las lenguas muertas, griego y latín, del gabinete del sabio y de la celda del monje al dominio del público letrado, y vino á generalizarse el culto de los clásicos, y á ser imitados y glorificados Píndaro, Anacreonte, Horacio, Virgilio, Propercio, en suma, los maestros de la antigüedad. Por tal idolatría de la forma, llegaron las letras, perdida su dignidad y valer, á convertirse en fútil adorno y grato pasatiempo de un descreído siglo. Mirábase con indiferencia el asunto de la poesía, á trueque de que el desempeño fuese correcto. Disertaban los académicos horas enteras acerca de la significación de un vocablo, y ya se venían encima el conceptismo y la extravan- cia. No era la poesía don divino, maná del cielo que sólo llovía para los predilectos de Dios, sino oficio, más ó menos lucrativo, según que los poderosos de la tierra estaban ó no de hu-

mor de dádivas. La musa se hizo venal, el verso fué afeminado, pulido, envuelto en las blandicies idílicas de una soñada Arcadia: cifróse la belleza en los pormenores del ornato, no en la substancia y medula.

El gran poeta de aquellos días, el serio competidor de Tasso, fué Ariosto. Los demás rivales eran como estrellas de segunda magnitud ante el sol. Sannazaro el cantor de Venecia, Trissino el trágico, Berni el burlesco, Bernardo Accolti el improvisador, Poliziano el suave, Boyardo el épico, Victoria Colonna, la Safo del amor legítimo, palidecen al asomar Ariosto. Pero faltan al *Orlando* la armonía, el enlace, la seriedad y el sentido objetivo; ofrécese este poema cual parto de una mente paganizada y caprichosa, que corre tras lo maravilloso, sea del género que quiera, astrológico ó legendario, alquímico ó caballeresco, ora venga fundado en los símbolos de la mitología ó en lo sobrenatural del cristianismo; sea oráculo ó milagro, sibila ó hechicera, centauro ó duende. Sus héroes y heroínas están desprovistos, no diré ya de moralidad, sino de idea de que la moralidad y la dignidad existen. Fluctúa la musa de Ariosto en constante vaivén de ironía y sentimiento, y marca una intención incierta y confusa, un escarceo de la fantasía, de la mente y la voluntad. Nada de fundamental ni de reflexivo. Falta la fuerza y proporción de la *Ilíada*, la importancia social de la *Eneida*, la religiosa unción y melancolía de *La Jerusalén*. Por lo mismo es Ariosto, y no Tasso, quien



mejor simboliza el estado intelectual de su tiempo.

A diferencia de otras naciones que por entonces producían escritores originales llamados á trazar la ruta á su literatura venidera, como Shakespeare en Inglaterra, Cervantes, Lope y Calderón en España, Montaigne y Rabelais en Francia, Italia caminaba á decaer, y ya aparecían los precursores de Marini. Sólo un soplo cristiano era capaz de infundir calor vital en cuerpo tan próximo á la descomposición. Urgía protestar, cual en nuestros días lo hizo Manzoni, contra la pagana escuela resucitada. El martirio de Tasso fué sentir en sí tal protesta, cobijar en lo íntimo de su ser el romanticismo, y correr, sin embargo, llevado de su cultura, por la senda clásica. Extraña dolencia, ser cristiano de corazón y no acertar á decirlo sin la ayuda de los retóricos y poetas latinos, adoradores de Júpiter, ó más bien de la naturaleza y de la materia.

## VI

El asunto que para su poema eligió Tasso, ni puede ser más épico y grandioso, ni más perteneciente al cristianismo. Canten otros enhorabuena los celos, furia y arrebatos de un paladín, ó las lágrimas de una beldad liviana. Tasso se inspira en el suceso histórico más capital y admirable que registran los anales del mundo desde la conversión de Constantino. Si las Cruzadas no fuesen un hecho tan conocido; si pudiésemos olvidar su autenticidad y á deshora nos las cantase algún poeta de fecunda y brillante inventiva, las tuviéramos por no menos ficticias que las batallas y lances extraños y maravillosos de los poemas escandinavos y orientales.

Hoy, que, no sólo el mundo civilizado, sino cada nación de por sí y en su límite experimenta los desastrosos efectos de la anarquía social, contenida á duras penas por medio del orden armado hasta los dientes; hoy, que ni aun la escasa docena y media de soberanos con coro-